

Medicina Interna

Palabras del Dr. José Félix Patiño durante el lanzamiento de la tercera edición de la obra editada por Fernando Chalem, Jorge Escandón, Jaime Campos, Roberto Esguerra

José F. Patiño

Hace apenas 10 años celebramos la aparición de una obra magna. Medicina Interna, editada por cuatro grandes de la profesión médica colombiana, colegas cercanos a través de ya muchos años y admirados amigos: Fernando Chalem, Jorge Escandón, Jaime Campos y Roberto Esguerra. Como uno de los autores, conocí de cerca el tesón de los editores y de cada uno de los coordinadores editoriales por asegurar el cumplimiento de las metas de excelencia que se fijaron para la obra. Medicina Interna recibió justificada acogida, y en 1992 aparecía la segunda edición, de pulquérrima calidad y con un contenido que actualizaba el conocimiento en el vasto campo de la medicina interna, por 248 autores en 324 capítulos bajo la orientación de 25 coordinadores. Ya para entonces, Medicina Interna se consolidaba como un obligado texto de consulta y era una excelsa manifestación del talento médico colombiano. Me cabe hoy el honor de presentar la tercera edición de Medicina Interna.

Llegar a una tercera edición de un libro mayor de consulta es de por sí un logro de gran significación, y representa, como lo di-

cen los editores Chalem, Escandón, Campos y Esguerra, un verdadero hito.

Esta edición, a diferencia de las anteriores que aparecieron en dos volúmenes, consta de seis tomos, el primero de los cuales presentamos hoy con orgullo y admiración. A partir de enero de 1997, aparecerán los nuevos tomos, bimestralmente.

En la tercera edición se incluyen nuevos capítulos sobre economía de la salud y varios sobre investigación, una nueva sección sobre otorrinolaringología y se amplía lo concerniente a oncología.

Excelente la calidad literaria. Debe anotarse el trabajo del Dr. Carlos Arturo Hernández y su grupo en la labor de corrección y unificación de estilo. La diagramación y composición estuvieron a cargo de Icono, bajo la dirección de la señora Hilda Jaramillo; el señor Luis Rodríguez aportó su talento creativo. La impresión, de elegante calidad, estuvo a cargo de Impreandes-Presencia, bajo la dirección de la señora María Umaña y su idóneo equipo de colaboradores.

Dr. José Félix Patiño Restrepo: Profesor Honorario de Cirugía Universidad Nacional de Colombia, Profesor Visitante de Cirugía Universidad de Yale. Profesor Adjunto de Cirugía Universidad de Miami.

Debemos agradecer la generosa colaboración de los Laboratorios Boehringer Ingelheim, que con una clara visión de su misión social, hicieron posible esta nueva edición de Medicina Interna. Expreso mi reconocimiento a los Laboratorios Boehringer Ingelheim, representados esta noche por sus más altos directivos.

Como lo dice Efraím Otero Ruiz en el Prólogo, se puede confirmar que un fiel reflejo de la creciente complejidad de la práctica médica moderna, es el progreso y la creciente sofisticación de los textos de medicina interna.

Permítanme que pase a expresar algunos conceptos sobre la medicina interna y la ciencia médica, y también a intentar una breve revisión de la historia del libro.

He reunido estas observaciones a la luz de la vida y la obra de quien consideramos la máxima figura de la medicina interna a través de todos los tiempos: William Osler.

¿Qué es medicina interna? En 1936 se estableció en los EUA el *Board* de Medicina Interna, cuyo objetivo era propender por la superación de la calidad de la atención médica y definir estándares que garantizaran la idoneidad de los especialistas en esta gran rama de la medicina. Y el *Board* definió al internista como un especialista con características de conocimiento, habilidad, dedicación y actitud humanitaria.

El *Board* define hoy la medicina interna como la mayor especialidad de atención primaria, una disciplina en constante evolución y cambio. Luego de definir sus campos de acción, dice que la práctica de la medicina interna

también incluye la comprensión del bienestar (*wellness*), entendido como prevención de la enfermedad y promoción de la salud, y, además salud mental, drogadicción, ética médica y salud de la mujer, así como la atención de problemas oftalmológicos, de los oídos, la piel, el sistema nervioso y los órganos de reproducción.

Tal definición, a la cual accedí por Internet (IIIA/board.htm), en realidad difiere poco de la que estableció William Osler en su conocida oración ante la Academia de Medicina de Nueva York hace exactamente 100 años: "*Infernal Medicine as a Vocation*", que aparece en el magnífico volumen "*Aequanimitas. With Other Addresses to Medical Students, Nurses and Practitioners of Medicine*", publicado originalmente por P. Blakiston Son & Co. en Filadelfia en 1904 y reeditado lujosamente por *The Classics of Medicine Library* en 1987.

Decía Osler -y recordemos que ello fue hace 100 años- que hubiera deseado que hubiera un término diferente del de Medicina Interna para designar el amplio campo de la medicina que queda luego de separar la cirugía, la obstetricia y la ginecología. Y afirmaba que no es una especialidad, aunque comprende por lo menos media docena de especialidades, y que sus practicantes no pueden ser denominados especialistas sino que llevan el buen nombre de "médicos" (*physicians*), distinguiéndolos de los "*general practitioners*", cirujanos, obstetras y ginecólogos. "Comienzo por hacer énfasis en que el estudiante de medicina interna no puede ser un especialista", decía Osler.

¿Cómo se compagina tal afirmación con la realidad de hoy? Perfectamente, como todo lo que dijo y escribió este hombre sabio y visionario que fue William Osler.

Lo que definió Osler, y lo que ahora define el *American Board of Internal Medicine*, es el "Internista General", el profesional que reconocemos como el más importante en cualquier esquema de atención médica, público o privado, hipocrático o corporativo.

Una tendencia moderna, en algunos países, ha sido la promoción del "médico de familia" como el eje de la atención médica. Este movimiento no ha tenido el desarrollo esperado, precisamente porque en la mayoría de los programas se ha pretendido formar un médico con menor capacitación y con una base científica endeble.

Personalmente, soy un convencido de que es con fundamento en los sólidos principios oslerianos como se debe formar al internista general, o al especialista en uno de los campos de la medicina interna, como baluartes insustituibles de la atención médica.

En la famosa alocución "*Aequanimitas*" pronunciada por William Osler ante los graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Pensilvania el 10 de mayo de 1889, se refirió a las dos características que deben gobernar la vida del médico: la imperturbabilidad y la ecuanimidad, alrededor de las cuales expresa su profunda actitud humanística y humanitaria. Y en 1894, ante el *Wistar Institute of Biology* de la Universidad de Pensilvania, afirmaba Osler que en ninguna forma ha-

bía aportado tanto la ciencia biológica al pensamiento humano como en su aplicación a los problemas sociales, anotando cómo el estudio de la biología entrena a la mente en los métodos precisos del razonamiento y da al hombre una visión más clara y le crea una actitud mental más generosa en el devenir cotidiano, que cualquiera otra ciencia, y aun que las mismas humanidades. Dice Osler que de la razón, la ciencia nunca se separa, pero, y con el sentimiento, la emoción, la pasión, ¿qué hace la ciencia? Porque son elementos ajenos a ella. El mismo, William Osler, fue la personificación de la más rígida disciplina científica en el marco de la actitud compasiva, profundamente humana, que lo proyecta como el paradigma sin igual y que resumió en los tres componentes de la práctica médica: arte, ciencia y caridad.

Sí, esta tercera edición de Medicina Interna es una total expresión osleriana de lo que es la medicina interna.

3. Como lo dice Hipólito Escolar, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, en su *Historia del Libro*, la característica esencial del hombre ha sido la creación de instrumentos que le permiten ampliar sus facultades naturales. Y el más fecundo invento del hombre, la herramienta más prodigiosa por él creada, ha sido el libro. El libro entendido no en su sentido físico, sino como en el de su contenido, no como continente o como forma material.

Según Jorge Luis Borges, "de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es sin duda el libro, los demás son extensiones de su cuerpo. El mi-

croscopio, el telescopio, son extensiones de la vista; el teléfono es extensión de su voz; luego tenemos el arado y la rastra, extensiones de su brazo. Pero el libro, es otra cosa. El libro es una extensión de la memoria y de la imaginación".

Al pensar en el libro, lo asociamos con la escritura, y con razón se ha dicho que la escritura es el archivo de la memoria.

La escritura ha variado a través del tiempo, de acuerdo con las características sociales, las necesidades de información y los materiales disponibles (Escolar 1984). La primera forma de texto escrito, o sea de libro, fue la tableta de arcilla, que se remonta a las civilizaciones mesopotámicas y, más tarde, a la civilización minoica de Creta. Luego vino el rollo, primero de papiro en Egipto, y luego de pergamino. La gran Biblioteca de Alejandría, que en una época fue la depositaria de todo el conocimiento de la humanidad, estaba constituida por rollos de papiro, debidamente ordenados y clasificados en el Museo ("el lugar de las musas"), que tal vez fue la primera universidad que tuvo la humanidad.

Algunos expertos afirman que la Biblioteca de Alejandría reunió 500.000 volúmenes en forma de rollos de papiro, pero otros la estiman en cerca de un millón de volúmenes. Carl Sagan, de la Universidad de Cornell, quien falleció recientemente, ha hecho un bello recuento de Alejandría en su libro *Cosmos*, que también apareció en su famosa serie de televisión y que está disponible en video y ya pronto en CD-ROM.

El libro en su formato de cuaderno que hoy conocemos, sólo

apareció por la época del ocaso del Imperio Romano. Los escribas de la Edad Media, en los *scriptoria* de los grandes monasterios, copiaron los textos de los clásicos griegos, y también los textos helenísticos (de Alejandría) y los romanos. Con ello se preservó el conocimiento y la cultura occidentales a través de la oscuridad de la Edad Media.

Durante la Edad Media fue muy importante la era carolingia, cuando bajo la dirección personal de Carlo Magno (742-814 A.D.), quien fue emperador de Occidente del 800 al 814 A.D., se hicieron los más bellos y, lo más importante, los más exactos y fieles manuscritos.

Maravillosos son los manuscritos iluminados, seguramente la suprema expresión cultural y artística de la Edad Media.

El Renacimiento, o sea la época comprendida entre 1300 y la mitad del siglo XVI, se caracterizó por la transmisión y el estudio de la antigüedad clásica, una actitud que hoy conocemos como humanismo. A esta era corresponden Petrarca, Boccaccio, Erasmo y también Gutenberg, a quien se reconoce crédito por el primer libro en imprenta de tipos móviles: la Biblia Latina de 32 líneas, circa 1550. También pertenecen los dos grandes impresores, tal vez los más destacados de toda la historia, Aldus Manutius, de Venecia (quien fue poseedor de una muy rica biblioteca, que se conoció como "Biblioteca Aldina") y Johannes Froben, de Basilea.

La empresa editorial de Basilea, fundada por Froben, tuvo como socios a Erasmo y a Hans Holbein. Allí se produjeron obras maestras. Tengo la fortuna de

poseer una edición de la Historia Natural de Cayo Plinio II, publicada por Froben en 1530. La aparición del libro impreso causó un profundo choque cultural en Europa. Se estima que cuando Gutenberg produjo la Biblia, en 1450, había 30.000 libros en las bibliotecas de los monasterios de Europa. Cincuenta años más tarde, en 1500, se estima que había nueve millones.

El libro, que en un principio se copió en latín y, menos, en griego, inicialmente se imprimió en latín. Pero rápidamente se hicieron impresiones en las lenguas vernáculas, y aparecieron Biblias, las Sagradas Escrituras, y los clásicos, en italiano, francés, alemán, inglés y castellano.

Aristóteles, Cicerón, Plinio y Homero, después de la Biblia, fueron los autores más difundidos durante el Renacimiento.

Desde entonces es bien conocida la historia del libro impreso. El libro tiene una prehistoria. Hipólito Escolar la analiza en detalle, anotando cómo el libro oral fue la primera forma que tuvo y que ha perdurado durante milenios, incluso conviviendo con el libro escrito.

Parecería extraño denominar libro a algo que no tiene una forma material tangible, pero como lo dice Escolar, una cosa es el contenido o mensaje, y otra la forma material en que se presenta, forma que varía con el tiempo.

La Ilíada y La Odisea, los dos grandes poemas épicos atribuidos a Homero, marcan el comienzo de la literatura occidental, y por lo menos por dos si-

glos, se transmitieron en forma oral y sólo vinieron a ser escritos cuando en Grecia se adoptó el alfabeto fenicio, posiblemente alrededor del siglo VIII a.C. Y hoy la poesía es más bella, es más viva, cuando se la recita que cuando se la lee.

Conocida es la postura antagónica de Platón, por boca de Sócrates, bien aparente en el *Fedro*. Actitud comprensible, por cuanto Sócrates y Platón preconizaban el arte de la retórica y la dialéctica como la expresión suprema del ser humano: *"Pues eso es, Fedro, lo terrible que tiene la escritura y que es en verdad igual a lo que ocurre con la pintura. En efecto, los productos de ésta se yerguen como si estuvieran vivos, pero si se les pregunta algo, se callan con gran solemnidad. Lo mismo le pasa a las palabras escritas. Se creería que hablan como si pensarán pero si se les pregunta con el afán de informarse sobre algo de lo dicho, expresan tan sólo una cosa que siempre es la misma. Por otra parte, basta con que algo se haya escrito una sola vez, para que el escrito circule por todas partes lo mismo entre los entendidos que entre aquellos a los que no les concierne en absoluto, sin que sepa decir a quiénes debe interesar y a quienes no".*

Hoy podemos interpretar a Platón en forma negativa, como elitista intelectual, o en forma positiva, expresando un criterio de pertinencia.

Pero el libro estático, al que se refiere Platón, no es el libro moderno, que es dinámico, aun en su forma impresa. El mejor ejem-

plo es este efeméride en que celebramos el lanzamiento de la tercera edición de un texto mayor, en el curso de apenas 10 años. Medicina Interna es, ciertamente, un libro vivo.

Y ¿Qué diría Platón frente al texto digital, al libro electrónico? ¿Qué diría hoy frente al computador, a esa máquina maravillosa que nos permite el hipertexto, la multimedia, el acceso múltiple y simultáneo sin límites de tiempo o distancia?

Ya los editores de Medicina Interna anunciaron la edición digital de su obra magna.

Señoras y señores: para mí ha sido un privilegio y un señalado honor haber recibido el encargo de presentar la tercera edición de un colosal libro de consulta que representa una gran contribución a la bibliografía médica en el idioma español.

Muchas gracias.

Bibliografía

1. **Chalem F, Escandón J, Campos J, Esguerra R (Editores)**. Medicina Interna. Tercera edición. Fundación Instituto de Reumatología e Inmunología, Santa Fe de Bogotá, 1997.
2. **Borges JL**. Obras Completas. Emecé Editores SA. Buenos Aires, 1974.
3. **Escobar H**. Historia del Libro. Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Ediciones Pirámide S.A. Madrid, 1984.
4. **Jean G**. La Escritura. Archivo de la Memoria. Aguilar SA de Ediciones. Madrid, 1989.
5. **Osler W**. Aequanimitas. With other Adresses to Medical Students, Nurses. and Practitioners of Medicine. P. Blakiston Son & Co. Philadelphia, 1904 (Reeditado por The Classics of Medicine Library. Birmingham, Alabama, 1987).
6. Platón. *Fedro*. Alianza Editorial. Madrid, 1995.
7. **Reynolds LD, Wilson NG**. Scribes & Scholars. A Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature. Third edition. Oxford University Press. Oxford 1991.
8. **Sagan C**. Cosmos. Random House. New York. 1980.